

© De la edición española:

Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 42. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

ISBN 978-84-9950-148-2

DEPOSITO LEGAL: M-30731-2015

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

MIS
VIAJES
INTERIORES Y EXTERIORES POR LA
INDIA
SAGRADA

RAMIRO CALLE



Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 42

28015 Madrid

España

www.libreriaargentina.com

Índice

La soledad sonora de Ramiro Calle, por Jesús Fonseca Escartín	11
Introducción	15
I. La ciudad de la muerte. La ciudad de la vida	21
II. Incursionar en Delhi	39
III. Las ruedas de la divinidad	49
IV. Las fuentes del Ganges	63
V. Bombai: entre la tradición y la modernidad	86
VI. En pos del Buda	113

Para mi buen amigo, al que tanto quiero y con el que tanto tengo que compartir, persona de cualidades excepcionales: José Miguel Juárez.

Agradecimientos

Mi gratitud para Jesús Fonseca, mi amigo del alma y excelente periodista y escritor, que ha tenido la generosidad de prologar esta obra y con el que realicé uno de mis viajes inspiradores por la India, tras las huellas de Buda. Siempre estoy agradecido a esa persona bondadosa y que sabe combinar magistralmente la lucidez con la compasión y que es Joaquín Tamames, con el que he sido coautor de dos obras. Extiendo mi agradecimiento más sincero y profundo a mi admirado amigo Antonio San José, pues se trata no sólo de una persona de las que de verdad merecen la pena sino de un magnífico periodista y comunicador. Mi gratitud es muy grande hacia Pablo Olmeda, que durante muchos años me ayudó en mis incursiones por la India, con su siempre proverbial generosidad y cariño; hacia Víctor Martínez Flores, que siempre confía en mis actividades yóguicas y las apoya incondicionalmente, siendo él mismo un profesor de yoga excepcional y un sugerente e inspirado escritor de temas orientalistas; y hacia las innumerables personas que me han acompañado a la India y han soportado, estoicamente y sin perder el ánimo, los más duros y a veces complicados viajes, destacando a José Miguel Juárez y a César Vega, muy buenos compañeros de fatigas y ¡mejores amigos aún!

La soledad sonora de Ramiro Calle

Me preguntaba yo si tanta belleza sería real. Estábamos juntos. Teníamos tiempo. Caminábamos muy despacio por aquel enjambre de callejuelas. Las calles viejas de Benarés. Cerca del santuario más popular de esta ciudad de peregrinos y buscadores, el del mono dios Hanuman, una mujer grita alborozada: «¡Ramiro! ¡Ramiro!». No lo puedo creer. «Sí -le digo yo-: es él». En carne mortal, como vino la Virgen del Pilar a Zaragoza. Ríe ella, ríe su hija, dichosas las dos con tan feliz encuentro. La escena se repetirá en los días que nos aguardan en otros lugares de la India. En la antigua y en la más moderna. En la secreta, en la turística y en la más populosa. En aeropuertos, trenes, hoteles y fondas camineras. Lo reconocen españoles e indios. Se vuelcan todos en cariño y atenciones y le recuerdan vivencias, lugares, experiencias. Comparten con él aventuras y desventuras. Ramiro siempre en disposición de dar y de darse, escucha atentamente a todos. Es el viaje número 100 que hace Ramiro Calle a esa India infinita que tantas enseñanzas y tanto gozo le ha proporcionado. Y yo tengo la suerte de acompañarle junto a Luisa.

Traigo aquí este episodio, repetido cuando uno viaja con él o le acompaña a cualquier lugar, porque resume muy bien algo esencial de Ramiro Calle: su universalidad. Así no lo hayas buscado ni te guste, Ramiro de mi alma, te has convertido en un guía espiritual y terrenal para muchos. Para tantos, que resulta imposible hacer el cálculo. Lo he dicho otras veces y lo repito ahora: Ramiro Calle es, sobre todo, un buscador que levanta la vida con palabras de carne. Que lleva toda una vida dedicado a ayudarnos a vivir de una forma más pura y generosa. Más saludable. Que nos despeja el camino del bienestar personal. Algo que hace con tesón ejemplar.

Pero Ramiro es, sobre todo, un caminante convencido de que el peregrino no exige, agradece. Prueba de lo que digo son sus más de doscientos libros. Es el único autor que conozco que los comienza siempre con un larga lista de agradecimientos, como si se lo debiera todo a los demás y nada fuera mérito suyo. Pero peregrino lo es, muy especialmente, en las páginas que siguen, que son el más hermoso y sabio libro de viajes. En ellas iremos, junto a él, recorriendo los caminos de esa India apasionante y vivísima que Ramiro ama y nos ha enseñado a amar, en un viaje que es, más que hacia fuera, hacia los adentros. Sin darnos cuenta, iremos buceando, una vez más, dentro de nosotros mismos.

No hay como viajar con él para darse cuenta de que nuestro yogui es un ser entregado a los demás. Un hombre de una inmensa riqueza espiritual y emocional, además de un cazador de otros hombres santos. Algunos de ellos aparecen en las páginas que siguen. Baba Sibananda, por ejemplo, quien me

enseñó que Dios no es un objetivo que alcanzar, sino una presencia que hay que tener muy en cuenta. Me parece estar oyéndolo a orillas del Ganges, en aquellos días dichosos que compartimos, aunque no exentos de dificultades y algunas amarguras y peligros:

«Lo más importante es el amor, pero desafortunadamente la flor del amor está en muy pocos jardines. ¡Es todo tan misterioso! Venimos a esta vida. Estamos algunos días y partimos. Lo único que vale la pena es hacer algo por los demás».

No lo olvidaré nunca: meditábamos en Bodh Gaya, Ramiro, Luisa y yo, con mucho sentimiento, a la sombra del Árbol bajo el que se iluminó Buda, cuando le recordé algo que siempre dice: «Tu vida ganará en alegría al compartir la felicidad de todos como si fuera tuya». Me miró Ramiro y dijo: «El secreto es siempre el mismo: alegrarnos con la dicha ajena». Y sentí cómo aquellas gentes llegadas de todo el mundo eran como un manantial de felicidad y júbilo. ¿Por qué nos lleva tanto tiempo descubrir estas verdades tan sencillas?

Dice Miguel Ángel Calle (me gusta decir que Miguel Ángel es lo mejor que tiene Ramiro), el impulsor de la única tertulia humanística que se emite en la radio española desde hace casi un cuarto de siglo, que fue su hermano quien le enseñó a relacionarse con las letras y la cultura. Y, lo que es más importante, a pensar con claridad y discernimiento: «Ha sido mi bastón en la juventud y en la enfermedad, que me tuvo postrado durante mucho tiempo en clínicas y hospitales».

¿De cuántos miles y miles de mujeres y hombres habrá sido Ramiro Calle el insustituible bastón? Soy uno más de los muchos a los que Ramiro ha ayudado con sus libros, con su sabiduría, a eliminar la pesadez, tantas veces insufrible, de mis más negativos estados de ánimo que él sabe encauzar como nadie para transformarlos en positivos y aliados; para que pueda respirar cuando el aire falta en mis pulmones. Su enseñanza nos hace más lentos, más serenos. ¡Qué razón tiene Jesús Aguado cuando dice que te traspasa sin herirte y que, al hacerlo, se asienta en tu corazón sin herirlo! Efectivamente, es una bendición que experimentamos al acercarnos a él. Contar con Ramiro, ha escrito muy acertadamente Joaquín Tamames, es un privilegio del que yo creo que la sociedad española no es plenamente consciente.

No hace mucho pasé a una amiga -suelo hacerlo con frecuencia- los cincuenta antídotos de Ramiro Calle contra la infelicidad. Suelo tenerlos siempre a mano, al igual que Las enseñanzas del Faquir, para mí uno de sus libros más preciados. A los pocos días me llamó Marieta y me dijo:

-¡Buena la hemos hecho, Jesús! Tengo más dudas que nunca.

-¡Hurra! -respondí-. Y le conté la historia de aquel ermitaño amigo de Ramiro:

«Pregunta el joven al eremita:

-¿Cómo soy yo?

Y le responde el anciano:

-Como una vaca.

El joven se queda perplejo. La comparación le deja sin palabras.

-No te asombres -le dice el ermitaño, al comprobar su asombro-

¿Acaso no comes?

-Sí, lo hago.

-También una vaca. Y dime, ¿no duermes?

-Sí, duermo.

-Como una vaca. ¿Y no defecas?

-Lo hago, claro. Caga el rey, caga el papa, de cagar nadie se escapa.

-Como una vaca. O sea, que eres como una vaca.

Visiblemente contrariado, el muchacho replica:

-No lo creo.

-Ésa es la diferencia -responde entonces el ermitaño-: que tú dudas y la vaca no. Si tu duda te sacude y te ayuda a buscar la verdad, vas bien. Sólo entonces dejarás de ser como una vaca. De otro modo, amigo mío, tú y la vaca sois iguales».

La duda. He aquí una de las grandes lecciones de Ramiro Calle: *sólo la duda bien medida ayuda a crecer en hondura*. A desarrollar la confianza en las propias capacidades y recursos. A fortalecer la mente en la verdad y abrir el corazón. Es la filosofía de la duda, que aparece desde *La ciencia de la felicidad* o *La claridad interior hasta Ingeniería emocional*, el libro que con tanta veneración le prologó recientemente Rodrigo Rato. Certezas, las justas. Una práctica que tiene mucho que ver con ese gran deseo de libertad que caracteriza a este yogui de Occidente, junto a ese gozo de amar que ha marcado su vida. Como fray Juan de la Cruz, también él podría afirmar: «Ya no guardo ganado, ni tengo otro oficio, que ya sólo amar es mi ejercicio».

Duda él y hace dudar a todo bicho viviente, desde el convencimiento de que no nacemos ya hechos, de que tenemos que hacernos: «Dudar es bueno. Obliga a pensar. A mantener la mente vigilante. A tomar decisiones. El progreso es hijo de la duda», frases que se repiten a lo largo de su obra. También en *100 viajes al corazón de la India*, un esclarecedor, denso y entregado «me fío más de los que dudan que de quienes lo tienen todo claro». La duda, como el recogimiento, es una prioridad para Ramiro Calle: «Es preciso establecer la prioridad de estar en paz». ¡Cuántas veces se lo he escuchado!

¡Qué suerte la nuestra! De nuevo la palabra fértil de Ramiro Calle, que nos permite tocar vida y más vida. Un libro repleto de humanidad, de sinceridad. Envuelto en las enseñanzas que proporciona el viaje. Envuelto en la dulzura que brota de un corazón compasivo. Pero las páginas que siguen desbor-

Ramiro Calle

dan, sobre todo, generosidad; una virtud de la que andamos escasos en esta hora del mundo. No podía ser de otra forma. Para empezar, la India es una cultura dadivosa. Nos lo regala todo. Lo único que nos pide a cambio es olvidarnos de nosotros mismos. Justamente lo que ha hecho Ramiro Calle a lo largo de toda su vida: olvidarse de él. Entregarse a la tarea de proporcionarnos *herramientas para conocernos mejor a nosotros mismos*, sin intentar convencernos de nada. Absolutamente de nada. Nada busques. Nada esperes. Como alguna vez le escribí, en una de esas coplillas que tanto le gustan, recordando a nuestro «frailecillo de risa», que es como llamaban los calzados despectivamente a San Juan de la Cruz, el estrecho camino que a Ramiro tanto le agrada es la senda de la nada. Pues eso: que «como no hay deseos en la casa de la nada, nunca el alma está penada».

Jesús Fonseca Escartín

Introducción

Desde que era niño, la India era, en cierto modo, como una voz que se repetía incansablemente en el trasfondo de mi mente. Hasta que comencé a viajar por este colosal país no podía ni siquiera sospechar cuánto habría de gozar y de sufrir con sus contradicciones, y cómo se pondrían al descubierto, a veces muy hirientemente, mis propias contradicciones. Para mí la India se convertiría en un vehículo para viajar al fondo de mí mismo, como para otros buscadores puede ser el viaje a otra o a ninguna parte. Pero no es fácil salvar el espacio entre la India soñada y la India tal cual es en la actualidad, ni conciliar los sentimientos entre la India anhelada y la India que se vive como una experiencia directa. Pero aun así, la India habría de convertirse para mí en el mapa que constelara mi propia búsqueda interior, mi viaje hacia lo interno y, a la vez, un descomunal laberinto donde buscar, para muchas veces hallar, y otras, desencontrar.

Mis anhelos espirituales me condujeron a la India, como a otras personas los habrán conducido a tomar otras direcciones, hacia fuera o hacia adentro. Desde la insatisfacción profunda que despierta el no lograr comprender el misterioso fenómeno de la vida y de la muerte; desde ese inmenso descontento existencial que deriva del no poder resolver interrogantes existenciales que nos asaltan una y otra vez, viajé a la India con la esperanza de poder hallar orientaciones para seguir la senda hacia lo que más apreciaba y añoraba: la *paz interior*. Sin paz interior, nada me resultaba deleitable ni disfrutable y, por supuesto, vivía de espaldas a mi ángulo de sosiego, debatiéndome entre dudas de todo tipo, sintiéndome apesadumbrado al no poder comprender con el solo instrumento del pensamiento aquello que está más allá del pensamiento.

Siendo yo un adolescente, se celebraban en la casa de mis padres innumerables reuniones en las que se debatían todo tipo de cuestiones metafísicas, filosóficas y espirituales. A menudo nos reuníamos personas de distintas edades cuyo espacio común y compartido era que todos anhelábamos hallar el signo más allá del signo. Barajábamos enseñanzas milenarias, doctrinas de todo tipo, instrucciones místicas y esotéricas, cuestiones espirituales. Nombres como: Lao-Tsé, Buda, Jesús, Mahavira, Tagore, Ramana Maharshi o Ramakrishna, me eran más familiares y cercanos que mi propia respiración. Leíamos los textos de los grandes maestros y los comentábamos. Y, de vez en cuando, en alguna librería de libros antiguos conseguía yo, con indecible alborozo, algún libro de los viajeros de principios del siglo xx a la India. ¿Cómo no vibrar con Hermann Hesse, Jung, Twain, Blasco Ibáñez, Pierre Loti o Alexandra David-Néel? ¡La India! Todavía faltaban muchos años para que yo pudiera de primera mano vivirla, sufrirla, gozarla, deleitarla kilómetro a kilómetro por su inmenso territorio. Todavía quedaban muchos años para seguir

viviendo la India ensoñada, la India romántica, la que se recreaba en mi fantasía, y que eran bien diferentes a la India real.

Han sido un centenar de viajes a la India. Las primeras incursiones en dicho país tenían por objeto la búsqueda espiritual. Pero una búsqueda en la India es una *búsqueda de uno mismo*. También puede ser desencuentro y extravío, desconsuelo e incertidumbre. El viaje exterior se vuelve viaje hacia dentro y a menudo, interna y externamente, surgen no pocas dificultades, que eran mucho mayores cuando comencé a viajar por la India hace casi cuatro décadas.

El buscador espiritual viaja a la India en busca de la India milenaria. Uno se desplaza hasta ese colosal y multivariado país para lograr penetrar por el laberinto y llegar a su núcleo, a esa cámara secreta que custodia claves místicas, mapas espirituales, métodos y pautas para el crecimiento interior y el desenvolvimiento de la conciencia. Uno viene a dar con su cuerpo en el país más sorprendente del mundo, para poder así perseguir mensajes místicos y prescripciones iniciáticas que vienen perpetuándose desde la noche de los tiempos. Pero el laberinto se resiste, es infinitamente más intrincado de lo que podría suponerse. Hay en sus tortuosos corredores muchos que se denominan maestros y liberados, pero sólo muy pocas personas han alcanzado umbrales iluminados de conciencia.

La India es portadora de la más angitua sabiduría mística del mundo. Desde tiempos inmemoriales ha sabido mantener viva la auténtica espiritualidad, que se ha ido transmitiendo, de modo directo, de maestro a discípulo y así hasta nuestros días. Aún hoy en día, a pesar de la desertización espiritual de este inmenso país, el sentido de trascendencia lo impregna todo. Pero no se puede negar que espiritualmente la India se ha vuelto, en muchos sentidos, híbrida, babélica y difusa. Ha sido desde hace milenios el país en la vanguardia de la búsqueda mística, de la pesquisa espiritual, de la exploración de dimensiones altas de la conciencia, de la concepción de métodos espirituales para acceder al ámbito de lo Inefable. Sin embargo, espiritualmente vive de talentos pasados, de pretéritas rentas místicas, pero ha dispuesto de un caudal tan colosal de Sabiduría que todavía, como en ningún otro país, sobrevive parte de la misma. Los ashrams y comunidades espirituales suman un gran número, aunque sólo una minoría promueve una enseñanza y disciplina que merezcan la pena.

La India milenaria es la patria del yoga... y también del ajedrez. Representa el eje espiritual de todo Oriente y los métodos del yoga están tan vivos y son tan válidos y fiables hoy en día como antaño. La herencia artística, cultural, mística y científica de la India es insuperable. La India nos ha obsequiado con una literatura espiritual de alto nivel, como los Vedas, las epopeyas, el Bhagavad Gita, el Dhammapada, el Udana, los Upanishads y otros

textos de gran belleza literaria y fabuloso contenido místico. Toda la India está salpicada de monasterios, cuevas fabulosas, recintos sagrados e innumerables templos. La India misma es como un colosal mandala.

No es de extrañar el entusiasmo y fascinación que despertó la India y su apabullante herencia cultural entre los pensadores occidentales de siglos pasados. Por su estupendo legado se sintieron cautivados: Schopenhauer, Victor Hugo, Keyserling, Lamartine, Maeterlinck, Carlyle, Emerson, Jung, Hesse, Rolland e infinidad de otros muchos notables cerebros. Tieck llegaría a afirmar: «Todo, sí, sin excepción, tiene su origen en la India». Jung confesó: «Me dejó huellas que me llevarían de una infinitud a otra». La India ha influido desde muy antaño con su pensamiento filosófico y místico en el pensamiento de Occidente, debido a los contactos entre indios y griegos. Ya Alejandro Magno se sintió fascinado por dicho país y tuvo su propio instructor espiritual, el yogui Kalano, y se sintió conmovido por las proezas psicosomáticas de los que llamaron gimnosofistas, que eran yoguis, sadhus y eremitas.

La India dispone de un raro y misterioso poder para abrir las espitas del subconsciente del que emerja, a veces compulsivamente, mucho material psicológico almacenado. Hay una supuración inconsciente continuada. El sentido del tiempo interno se desestructura y a menudo la percepción se modifica. Como a nadie puede dejar la India indiferente, influye anímicamente en sus visitantes. A veces de modo cataclísmico; a veces como un estupendo tónico para sacar lo mejor de uno mismo; a veces generando innumerables contradicciones internas en el país más contradictorio y extremado del mundo. Es difícil no dejarse atrapar por el ambiguo hechizo del caos, al que se suman con no poca frecuencia el entusiasmo o la exasperación, la alegría desbordada y desbordante o una inmensa tristeza y una aversión insuperables. ¡Tiene tantos rostros la India, tantas faces!: unas amargas y otras consoladoras; unas ácidas y otras más dulces que el jugo de la caña de azúcar.

En la India siempre hay lugar para la sorpresa. Se producen coincidencias realmente asombrosas. Se suceden las sorpresas más gratas y también las más ingratas. En un país tan insólito como éste, siempre se dan acontecimientos igualmente insólitos. Es, para bien y para mal, un país mágico y que invita a una dimensión mágica del pensamiento, a pesar de que esté en la vanguardia de la hipertécnica y el software, y aunque sea un país emergente..., y tiene también muchos aspectos sumergentes. Encanta, desencanta y vuelve a encantar. Hay muchas personas indioadictas, sí, y otras que se han jurado a sí mismas no volver nunca más..., aunque muchas vuelven. Se mezclan lo más hermoso y lo más horrendo. Es un verdadero rompecabezas donde todo es posible y donde los contrastes son desmesuradamente intensos. Siempre he aseverado que la India, con su toque de caos, incide sobre el propio núcleo de

caos del visitante y hace que florezcan sus vivencias más íntimas, dispares, sus alegrías y temores, sus anhelos y miedos, sus afanes e impotencias.

¿Quién puede realmente comprender la India? Florecimiento y degradación caminan codo con codo. Lo más noble y lo más perverso lo hacen hombro con hombro. La belleza y la fealdad se dan la mano. Pero no hay dos Indias, ni cien, como reza el título de esta obra, sino infinitas de ellas. No se puede resolver un koan zen intelectualmente y tampoco comprender sólo racionalmente la India. Quizá ningún país, pero menos aún la India.

Cien viajes a la India (uno desde la ensoñación y noventa y nueve in situ) dan para mucho. Pero no para tanto. La India sigue siendo para mí inagotable, aun habiendo recorrido casi todas sus áreas, incluso las más remotas. Muchos amantes de la India buscan en ella, cuando a ella por fin viajan, la India milenaria, la portadora de un colosal arte místico y de una formidable mística convertida en actitud de vida, también en arte y, sobre todo, senda hacia lo Otro. Pero la India ensoñada, insisto en ello, no es la India real. Incluso Romain Rolland, por su exceso de romanticismo al respecto, vio muy defraudadas sus expectativas. La India milenaria siempre está ahí y con su gran cultura mística y su formidable legado es siempre una referencia para el amante de la India y el buscador de las vías de autorrealización que allí surgieron. Ni siquiera haría falta ir a la India, habita en nuestro corazón.

Desbordado por el romanticismo espiritual y esperando hallar ilusamente un Sangri-La poblado de yoguis y meditadores, viajé por primera vez a la India en 1971. El impacto fue tremendo. Yo había recreado la India en mi ensoñación leyendo *Kim* o las biografías de grande yoguis, como *Ramakrishna* o *Vivekananda*, o dejándome prender por los relatos de los viajeros que impregnan con todo su romanticismo las páginas de sus libros sobre este «misterioso», «insólito», «fascinante», «arrebataador» país.

Pero la India ensoñada nada tiene que ver místicamente con la India real. Muchos buscadores espirituales se han encontrado a sí mismos en la India, pero muchos otros se han perdido a sí mismos y no han ganado ninguna paz interior; unos han recobrado el gran significado de sus vidas, pero muchos se han precipitado en el abismo del escepticismo y la esterilidad anímica. No hay que adentrarse en la India, en este sentido, con expectativas infantiles. También yo lo hice tras soñar la India durante quince años; un primer viaje en la imaginación, en la desbordante fantasía, a lo largo de quince años, por ese anhelado país, que luego habría de recorrer sin tregua a lo largo de noventa y nueve viajes. Hay mucho que explorar, sondear e indagar en estas tierras, y cada templo, cada lugar sagrado, cada santuario tienen su significación mística, pero hay también mucho que descartar, mucha superstición, mucha religión mecánica y degradada y muchos falsarios y mistagogos.

A muchos de los buscadores de otras realidades, desde niños, la India nos ha hecho soñar y ensoñar, ha alimentado nuestro romanticismo espiritual, nuestro anhelo de lo trascendente, nuestro sentido de lo superracional. A nosotros han llegado esos relatos cargados de exuberante fantasía y novelaría de una India misteriosa e iniciática y hemos contemplado, con los ojos de una fértil imaginación, escenas arrobadoras donde lo místico y lo mágico se matrimoniaban. Pero no es fácil reconciliarse con la India ni conciliarla dentro de uno mismo, aunque la sintamos como nuestro hogar interior. La primera vez que viajamos allí, el impacto puede resultar sorbecogedor para el que se aparta de los circuitos turísticos manidos. No hemos llegado a Sambhala, un reino de armonía y felicidad. En nuestras fantasías de peregrinos, todos hemos soñado tal vez con llegar a contar, como el Kim de Kipling, con nuestro lama o mentor espiritual. Pero Buda, con su equilibrado pragmatismo, declaró: «Los Grandes señalan la Ruta, pero uno mismo debe recorrerla».

En esta obra reflejo mis vivencias y experiencias profundas de la India; algunos de mis recorridos y andanzas; esas indelebles impresiones que con gran viveza continúan persistiendo en el escenario de mi mente y en la cámara íntima de mi corazón. Aunque hay referencias, ineludibles, a encuentros con gentes del espíritu, esos encuentros han sido recogidos de forma completa en otras obras mías y en ésta me extiendo sobre numerosos y muy diferentes aspectos de la Madre India. Sin poder, obviamente, dejar de lado lo sagrado, puesto que todo en la India adquiere ese matiz, me extiendo sobre los aspectos más variados al margen de esa sacralidad, si tal es posible. He evitado referencias cronológicas, siempre tediosas para el lector, y he ido recopilando variada información, así como un cúmulo de vivencias recogidas en todos esos viajes que se extienden desde 1972 a 2008.

La India es el país más interesante del mundo. Es un país para vivirlo con inusitada intensidad. Muchas personas me preguntan si me queda algo que ver después de tantos viajes y les respondo: «Algo que ver, sí, pero muchísimo más que sentir».

Seguiré por eso viajando a la India, incursionando en ese mandala que me hace sentir vivo y en el que tengo que agudizar mi mente y sensibilizar mi corazón para poder descifrarlo.

Ramiro Calle

Nota: Para contactar con el autor, consulte su página web: www.ramirocalles.com o diríjase a su centro de yoga en la calle Ayala 10, de Madrid.

